

Flota de la Alianza

CAPITÁN JOHN GEARY AL MANDO (EN FUNCIONES)

A continuación, se presentan las pérdidas sufridas antes de que el capitán Geary asumiese el mando en el sistema nativo síndico.

Los nombres de las naves perdidas en combate están resaltados en negrita y, entre paréntesis, el lugar donde se perdieron.

SEGUNDA DIVISIÓN

DE ACORAZADOS

Gallarda
Indomable
Gloriosa
Magnífica

TERCERA DIVISIÓN

DE ACORAZADOS

Paladín (perdida en Lakota)
Orión
Majestuosa (perdida en Lakota II)
Conquistadora

CUARTA DIVISIÓN

DE ACORAZADOS

Guerrera (perdida en Lakota II)
Triunfante (perdida en Vidha)
Vindicta
Venganza

QUINTA DIVISIÓN

DE ACORAZADOS

Impávido
Resuelto
Temible
Vengativo

SÉPTIMA DIVISIÓN
DE ACORAZADOS
Infatigable (perdida en Lakota)
Audaz (perdida en Lakota)
Atrevida (perdida en Lakota)

OCTAVA DIVISIÓN
DE ACORAZADOS
Incansable
Represalia
Soberbia
Espléndida

DÉCIMA DIVISIÓN
DE ACORAZADOS
Coloso
Amazona
Espartana
Custodia

PRIMERA DIVISIÓN DE ACORAZADOS
DE RECONOCIMIENTO
Arrogante (perdida en Kaliban)
Ejemplar
Aguerrida (perdida en Cavalos)

PRIMERA DIVISIÓN
DE CRUCEROS DE BATALLA
Osada
Formidable
Atrevida
Afamada (perdida en Lakota)

SEGUNDA DIVISIÓN
DE CRUCEROS DE BATALLA
Leviatán
Dragón
Decidida
Valiente

CUARTA DIVISIÓN
DE CRUCEROS DE BATALLA
Intrépido (buque insignia)
Arrojado
Terrible (perdida en Ilión)
Victorioso

QUINTA DIVISIÓN
DE CRUCEROS DE BATALLA
Invencible (perdida en Ilión)
Resistente (perdida en el sistema
nativo síndico)
Furiosa
Implacable

SEXTA DIVISIÓN
DE CRUCEROS DE BATALLA
Polaris (perdida en Vidha)
Vanguardia (perdida en Vidha)
Ilustre
Increíble

SÉPTIMA DIVISIÓN
DE CRUCEROS DE BATALLA
Oportuna (perdida en Cavalos)
Radiante
Inspiradora

TERCERA DIVISIÓN DE NAVES AUXILIARES DE ALTA VELOCIDAD

Titánica
Hechicera
Genio
Trasgo

TREINTA Y SIETE CRUCEROS PESADOS SUPERVIVIENTES

EN SIETE DIVISIONES

Primera División de Cruceros Pesados
Tercera División de Cruceros Pesados
Cuarta División de Cruceros Pesados
Quinta División de Cruceros Pesados
Séptima División de Cruceros Pesados
Octava División de Cruceros Pesados
Décima División de Cruceros Pesados

menos

Ingrato (perdido en Kaliban)

Blindado (perdido en Sutrah)

Blasón, Casaca, Ariete y Ciudadela (perdidos en Vidha)

Bacinete y Sallet (perdidos en Lakota)

Utap, Avambrazo y Facón (perdidos en Lakota II)

Almete y Gusoku (perdidos en Cavalos)

SESENTA Y DOS CRUCEROS LIGEROS SUPERVIVIENTES

EN DIEZ ESCUADRONES

Primer Escuadrón de Cruceros Ligeros
Segundo Escuadrón de Cruceros Ligeros
Tercer Escuadrón de Cruceros Ligeros
Quinto Escuadrón de Cruceros Ligeros
Sexto Escuadrón de Cruceros Ligeros
Octavo Escuadrón de Cruceros Ligeros
Noveno Escuadrón de Cruceros Ligeros
Décimo Escuadrón de Cruceros Ligeros
Undécimo Escuadrón de Cruceros Ligeros
Decimocuarto Escuadrón de Cruceros Ligeros

menos

Veloz (perdido en Kaliban)
Pomo, Honda, Bolo y Asta (perdidos en Vidha)
Espuela, Damasquina y Flecha Guardiana (perdidos en Lakota)
Jubón, Carta y Ote (perdidos en Lakota II)
Koté y Cercle (perdidos en Cavalos)

CIENTO OCHENTA Y TRES DESTRUCTORES SUPERVIVIENTES
EN VEINTE ESCUADRONES

Primer Escuadrón de Destrucciones
Segundo Escuadrón de Destrucciones
Tercer Escuadrón de Destrucciones
Cuarto Escuadrón de Destrucciones
Sexto Escuadrón de Destrucciones
Séptimo Escuadrón de Destrucciones
Noveno Escuadrón de Destrucciones
Décimo Escuadrón de Destrucciones
Duodécimo Escuadrón de Destrucciones
Decimocuarto Escuadrón de Destrucciones
Decimosexto Escuadrón de Destrucciones
Decimoséptimo Escuadrón de Destrucciones
Vigésimo Escuadrón de Destrucciones
Vigesimoprimer Escuadrón de Destrucciones
Vigesimotercer Escuadrón de Destrucciones
Vigesimoquinto Escuadrón de Destrucciones
Vigesimoséptimo Escuadrón de Destrucciones
Vigesimooctavo Escuadrón de Destrucciones
Trigésimo Escuadrón de Destrucciones
Trigésimo Segundo Escuadrón de Destrucciones

menos

Daga y Venenosa (perdidas en Kaliban)
Doblefilo, Estilete y Mazo (perdidos en Sutrah)

**Celta, Akhu, Hoz, Hoja, Cerrojo, Sabot, Pedernal, Aguja, Dardo,
Aguijón, Lapa y Garrote** (perdidos en Vidha)
Falcata (perdida en Ilión)
Martillón, Prasa, Talwar y Xiphos (perdidos en Lakota)
Brazalete, Flanconada, Kukri, Hastarii, Petardo y Spiculum (perdidos
en Lakota II)
Mayal, Ndziga, Tabar, Cestus y Balta (perdidos en Cavalos)

SEGUNDA FUERZA DE INFANTES DE MARINA DE LA FLOTA

Coronel Carabali al mando (en funciones)

Al comienzo, 1560 infantes de marina divididos en destacamentos dentro de cruceros de batalla y acorazados. Unos 1200 supervivientes tras el recuento de bajas en combates en tierra y en buques de guerra destruidos.

El casco de la Merlón, crucero pesado de la Alianza, se sacudía cada vez que las lanzas infernales que disparaban contra él los buques de guerra de los Mundos Síndicos lo penetraban y horadaban. El comandante John Geary buscó un lugar donde apoyarse cuando una ráfaga de metralla lanzada por los síndicos alcanzó la Merlón por babor, vaporizando parte del armazón a causa del impacto de las balas de metal sólido. Después de pasarse la mano por los ojos para enjugarse el sudor, pestañeó repetidamente para protegerse del humo que los sistemas de ventilación, averiados y sobrecargados, no conseguían expulsar del interior de la nave. Su primera acción de combate real podría ser también la última. La Merlón viajaba a la deriva por el espacio, incapaz de corregir su rumbo, y la última lanza infernal, que seguía zarandeando al buque de guerra, dejó de tronar en el momento en que una nueva descarga de fuego enemigo alcanzaba la nave.

El comandante no podía hacer nada más. Era hora de marcharse.

Geary masculló una queja cuando abrió el panel de destrucción de emergencia y tecleó el código de autorización. Una nueva ráfaga de lanzas infernales perforó el casco de la Merlón, haciendo que en el puente de mando unos indicadores se apagaran y otros empezasen a parpadear para avisar de que se habían producido nuevos daños. Geary se puso el casco del traje de supervivencia, consciente de que solo faltaban diez minutos para que el núcleo energético se sobrecargara y la Merlón explotara. Aun así, el comandante se detuvo antes de abandonar el puente. Una vez que estuvo seguro de que no necesitaría ayuda para manejar las pocas armas que todavía funcionaban y para

activar la autodestrucción, ordenó a los miembros de la tripulación que quedaban que se marchasen; ganó todo el tiempo que pudo para que así tuvieran tiempo de alejarse.

La Merlón era su nave, y odiaba tener que abandonarla y dejarla morir.

Tras la siguiente sacudida, la inercia del crucero pesado provocó que este se ladeara y se inclinara hacia arriba, sin dejar de recibir la metralla de los buques síndicos, lo que hizo que los pasillos giraran sin parar alrededor de Geary, mareándolo, y que los mamparos tan pronto se precipitaran hacia él como, después, se alejaran, golpeándolo a veces dolorosamente. Su angustia aumentó al pasar junto a los compartimientos de la cápsula de escape, algunos de los cuales estaban vacíos mientras que otros tenían restos aplastados de la nave de salvamento, todavía acoplada.

Encontró uno cuya luz de estado era amarilla, lo que indicaba que había sufrido algún daño, pero no tenía alternativa. Una vez en el interior, selló la escotilla, se puso el cinturón, pulsó el interruptor de eyección y sintió que la fuerza de la aceleración lo apretaba contra el asiento a la vez que la cápsula de escape salía disparada de la moribunda Merlón.

Nada más salir despedida, la propulsión de la cápsula se interrumpió, mucho antes de lo debido. Geary no tenía forma de comunicarse ni de maniobrar, y los sistemas ambientales estaban averiados. El asiento se reclinó automáticamente cuando la cápsula se dispuso a inducirle el sueño de supervivencia; un estado de congelación que protegería su cuerpo hasta que el contenedor fuese recogido. Mientras se dormía, con los ojos fijos en las luces que parpadeaban para avisar de los daños de la cápsula, las cuales se iban apagando poco a poco, tuvo la certeza de que alguien iría a buscarlo. La flota de la Alianza repelería los ataques sorpresa de los síndicos, restablecería el control del espacio circundante de la estrella Grendel y buscaría a los supervivientes de la Merlón. No tardarían en encontrarlo.

Cuando abrió los ojos, solo vio una maraña de luces y siluetas difusas. Se sentía como si tuviera el cuerpo lleno de hielo, y los pensamientos afloraban en su mente despacio y con torpeza. Alguien hablaba. Intentó aguzar el oído en tanto las formas borrosas se iban transformando en un grupo de hombres y mujeres uniformados. Oyó hablar a un hombre de voz grave y rotunda.

—¿Seguro que es él? ¿Lo ha comprobado?

—La muestra de ADN cotejada con los registros de la flota coincide al cien por cien —afirmó otra persona—. Se trata del capitán Geary. La excesiva duración del sueño de supervivencia ha afectado gravemente a su estado físico. Es increíble que se esté recuperando tan bien. De hecho, es un milagro que haya sobrevivido.

—¡Por supuesto que es un milagro! —exclamó el hombre de la voz grave. Cuando acercó su rostro al de Geary, este parpadeó para enfocar la vista y distinguió, entonces, un uniforme del mismo color que el de la flota de la Alianza, aunque con algunos detalles distintos. El hombre que le sonreía lucía estrellas de almirante, aunque Geary no lo reconoció—. ¿Capitán Geary?

—Co... Co... Coman... dan... te... Geary —consiguió decir al fin.

—¡Capitán Geary! —insistió el almirante—. ¡Lo han ascendido!

¿Ascendido? ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo llevaba fuera? ¿Dónde estaba?

—¿Qué... nave? —jadeó Geary mientras miraba a su alrededor. A juzgar por el tamaño de la enfermería, aquella nave era mucho más grande que la Merlón.

El almirante amplió su sonrisa.

—Se encuentra a bordo del crucero de batalla Intrépido, buque insignia de la flota de la Alianza.

A Geary todo aquello le parecía absurdo. En la flota de la Alianza no había ningún crucero de batalla que se llamase Intrépido.

—¿Mi... tri... tripulación? —acertó a preguntar Geary.

El almirante frunció el ceño y dio un paso atrás para acercarse a una mujer que lucía insignias de capitán. Geary apartó los ojos del rostro de la mujer, incomodado por su expresión de asombro y distraído por los múltiples galones de combate que lucía. Decenas; casi parecía ridículo. Entre las insignias, Geary reconoció la de la Cruz de la Flota de la Alianza. Ya no recordaba la última vez que alguien había recibido aquella condecoración.

—Soy la capitana Desjani —dijo la mujer—, oficial al mando del Intrépido. Lamento comunicarle que el último superviviente de la tripulación de su crucero pesado murió hace unos cuarenta y cinco años.

Geary la miró fijamente. ¿Cuarenta y cinco años?

—¿Cuánto... tiempo?

—Capitán Geary, ha permanecido en estado de sueño de supervivencia durante noventa y nueve años, once meses y veintitrés días. Gracias a que usted era el único ocupante de la cápsula, esta pudo mantenerlo vivo durante todo este tiempo. —La capitana hizo un gesto religioso que Geary reconoció—. Por la gracia de nuestros ancestros y la misericordia de las estrellas del firmamento, resistió. Y ha regresado.

¿Cien años? Los torpes pensamientos de Geary se estremecieron al intentar asimilar la noticia, sin preguntarse por qué la mujer parecía darle cierta importancia, desde un punto de vista espiritual, al hecho de que hubiera sobrevivido.

Una vez que otra persona se hubo encargado de darle la mala noticia, el almirante volvió a inclinarse hacia él mostrando una gran sonrisa.

—Sí, Black Jack, ¡ha regresado!

A Geary nunca le gustó el apodo de Black Jack, pero si consiguió fruncir el ceño, el almirante no se dio cuenta, pues le hablaba como si estuviera dando un discurso.

—Black Jack Geary, el que volvió de entre los muertos, tal como cuenta la leyenda, para ayudar a la Alianza a conseguir su mayor victoria y poner fin de una vez por todas a la guerra con los síndicos.

¿El que volvió? ¿La leyenda? ¿La guerra continuaba después de un siglo?

Todos aquellos a los que conocía debían de haber muerto.

¿Quiénes eran aquellas personas y quién creían que era él?

John Geary se despertó de súbito en su camarote a bordo del Intrépido y permaneció con los ojos abiertos, respirando con pesadez y sudando pese a la sensación de que sus entrañas seguían congeladas. Hacía tiempo que no tenía recuerdos de la caída de la Merlón y el momento en el que despertó a bordo del Intrépido, un siglo después. Se incorporó y se frotó la frente con una mano para intentar controlar la respiración. A su alrededor solo veía los contornos del camarote en penumbra.

El almirante de la voz grave murió en el sistema estelar nativo de los Mundos Síndicos cuando descubrió que su plan para ganar

la guerra era, en realidad, una emboscada que le había tendido el enemigo. Muchos hombres y varios buques de guerra cayeron con él. Los supervivientes acudieron al legendario Black Jack Geary para que los salvara y, pese a que Geary aborrecía esa figura absurdamente heroica que las leyendas afirmaban que era, se vio obligado a asumir el mando de la flota. Después de todo, su nombramiento como capitán tuvo lugar casi un siglo antes, y ningún otro oficial superviviente de la flota tenía, ni de lejos, tanta antigüedad como él. Muchos dudaban que estuviera a la altura, que de verdad fuese aquel héroe de leyenda, pero, aunque en su fuero interno Geary pensara igual que ellos, sabía que debía intentarlo.

Y de momento había conseguido lo que parecía imposible: había sacado la flota de la Alianza del espacio síndico, dirigiendo una retirada larga y violenta en la que hubo de emplear todas las habilidades que había adquirido un siglo atrás, y que la flota había ido perdiendo a lo largo de las sucesivas décadas del gran baño de sangre en el que la guerra se convirtió tras la pérdida de la Merlón.

Miró el visualizador estelar que flotaba sobre la mesa de su camarote. Lo había dejado activo cuando se fue a dormir, enfocado en la estrella Dilawa. Continuaban dentro del espacio síndico, pero se encontraban a tan solo tres saltos del espacio de la Alianza, donde estarían a salvo. Le faltaba muy poco para salvar a quienes creían en él. Pero la nave todavía se hallaba dentro de territorio enemigo, de manera que aún debía abrirse paso entre la flotilla síndica que, seguramente, los estaría esperando al final de alguno de aquellos saltos. Recordar la pérdida de la Merlón volvió a desanimarlo.

Exhaló con pesadez e introdujo la mano en un cajón en busca de una barrita de avituallamiento. La miró con recelo. Al igual que la mayor parte de los alimentos de la flota, aquella barrita procedía de las reservas que los síndicos dejaron cuando los sistemas estelares marginales fueron abandonados tras la introducción de la hipernet. Ni siquiera los síndicos consideraban que merecía la pena cargar con aquella comida. Aunque, obviamente, ya habría caducado, la barrita y el resto de vituallas que recogieron fueron congeladas al vacío, por lo que en teoría eran comestibles.

La barrita estaba protegida por un envoltorio propagandístico con imágenes de unas tropas de tierra síndicas, de aspecto exagerada-

mente heroico, que marchaban de izquierda a derecha. Geary abrió el envoltorio, procurando no fijarse en los ingredientes, y empezó a dar pequeños bocados. A pesar del empeño que ponía en no saborearla, no pudo evitar hacer una mueca de asco. Los tripulantes de la flota de la Alianza solían quejarse de la comida que les daban, pero una de las pocas virtudes de los alimentos síndicos era que, aparte de mantenerte vivo, conseguían que las raciones de la Alianza, en comparación, supieran a gloria.

Tal y como aseguraba el viejo rumor, la comida no solo sabía a rayos, sino que además escaseaba. A Geary la barrita le sentó como una patada en el estómago, pero ese no fue el motivo por el que no cogió otra. Cuando una flota no tenía posibilidad de reabastecerse y se hallaba atrapada en territorio enemigo, lo mejor era reducir el consumo de alimentos al mínimo. Geary decidió que no tenía por qué comer mejor que sus tripulantes. Aunque, teniendo en cuenta el sabor de la comida síndica, tal vez «mejor» no fuese el término más adecuado.

En ese momento, el panel de comunicación mostró un aviso urgente. Geary pulsó el botón de admisión.

—Capitán Geary, han llegado naves enemigas al punto de salto de Cavalos.

Geary accionó otro interruptor, que desactivó el visualizador estelar para sustituirlo por otro que solo mostraba el sistema estelar Dilawa y las naves que se encontraban en él. Cuando la flota de la Alianza se marchó, no quedaron muchos buques de guerra de los Mundos Síndicos en el sistema estelar Cavalos, a menos que contaran los restos de los buques de guerra síndicos que orbitaban Cavalos en forma de nubes de chatarra que, poco a poco, se iban extendiendo.

Con todo, los buques de guerra síndicos que perseguían a la flota de Geary seguían siendo numerosos, por lo que la flota de la Alianza cada vez acusaba más la tensión de la larga retirada a través del espacio síndico. No todos los restos que quedaban en Cavalos pertenecían a los buques de guerra síndicos. El crucero de batalla de la Alianza Oportuna, la nave de reconocimiento Aguerrida y nueve cruceros y destructores de la Alianza también cayeron en la batalla que se libró allí; algunos fueron destruidos durante el enfrentamiento y otros por orden de Geary, puesto que habían sufrido demasiados daños como para poder retirarse junto con el resto de la flota.

La presión también había empezado a afectarle a él. No conseguía quitarse de la cabeza las bajas que la flota de la Alianza había sufrido hasta el momento, y tal vez ese fuera el motivo por el que ahora volvía a tener aquellos recuerdos propios del estrés postraumático.

No sin esfuerzo, Geary se concentró en lo que estaba ocurriendo en ese momento.

—Solo una nave de caza asesina y dos corbetas de níquel —puntualizó Geary.

—Correcto —afirmó la capitana Desjani, cuya imagen apareció junto al visualizador. Estaba en el puente de mando, por supuesto, velando por su nave—. Lástima que estén a casi tres horas luz. A los operarios de las lanzas infernales del Intrépido les encantaría realizar esa práctica de disparo.

—No creo que los operarios de las lanzas infernales necesiten perfeccionar su técnica, Tanya —comentó Geary, logrando arrancarle una sonrisa orgullosa a Desjani. Como esta indicó, el punto de salto estaba tres horas luz de la ubicación de la flota de la Alianza, más adentrada en el sistema estelar, lo que significaba que las imágenes que veía de los buques de guerra síndicos tenían tres horas de antigüedad—. No los sigue nadie. Deben de ser naves de reconocimiento.

—Afirmativo. Creemos que una de las corbetas de níquel desacelerará para permanecer en las cercanías del punto de salto. La otra corbeta y la nave de caza asesina probablemente acelerarán rumbo a los puntos de salto que conducen a Kalixa y Heradao. —Guardó un instante de silencio—. Esta es la primera vez que veo una corbeta de níquel fuera de un sistema estelar ocupado por los síndicos. Esos cacharros son tan antiguos que me sorprende que se arriesguen enviándolos al espacio de salto.

De hecho, eran tan obsoletos que las corbetas de níquel ya operaban cien años atrás, cuando empezó la guerra. La Alianza empezó a llamarlas así por su aspecto barato y su escasa utilidad en combate. Geary volvió a recordar las corbetas de níquel que abrían fuego contra la Merlón.

—¿Señor? —lo llamó Desjani.

Geary sacudió la cabeza, extrañado por haberse distraído con aquellos pensamientos.

—Disculpe.

Solo él podría haberse percatado del gesto de preocupación con el que Desjani lo miró, pero la capitana siguió hablando como si todo estuviera en orden.

—La primera corbeta de níquel podría saltar hacia Cavalos dentro de poco para avisar de que seguimos aquí. —Desjani sustituyó su expresión por otra más profesional y hermética—. Puesto que aún no nos hemos movido.

—Necesitamos recoger todo lo que podamos de los suministros que los síndicos abandonaron cuando expulsaron a los últimos habitantes de este sistema estelar hace décadas —explicó Geary procurando no enfadarse por la indirecta de Desjani.

—Ya hemos almacenado toda la comida abandonada. —Desjani hizo una mueca—. Si es que a eso se le puede llamar «comida». En cualquier caso, será preciso reducir de nuevo las raciones de la flota y aprovechar al máximo los alimentos que quedan. —Se encogió de hombros—. Es lo bueno de la bazofia que encontramos entre las reservas abandonadas por los síndicos. A nadie le gusta tener que comerla, de modo que a la tripulación no le importará demasiado que se reduzcan las raciones.

—Supongo que todo tiene un lado positivo. —Geary esbozó una sonrisa fugaz mientras revisaba la información sobre los minerales en bruto que estaban cargando en las bodegas de las naves auxiliares de la flota. En ese momento cayó en la cuenta de que Desjani le había sugerido, primero, que deberían seguir avanzando y, después, había optado por cambiar de tema para no contrariarlo.

No debería molestarme. Es lógico que un oficial al mando mire por el bien de la flota. ¿Cuándo saldremos de Dilawa? ¿Y adónde nos dirigiremos? Llevamos aquí casi un día y medio, por lo que, seguramente, llevamos detenidos por lo menos un día de más.

No había ningún motivo de peso para permanecer en Dilawa. Esta estrella, alrededor de la cual no orbitaba ningún mundo habitable, albergó en su día cierta presencia humana (tal vez algunos miles de personas, a juzgar por las instalaciones abandonadas por los síndicos). Aquellos humanos estarían aquí porque los antiguos sistemas de salto más rápidos que la luz solo podían llevar las naves desde una estrella a otra que se encontrase en sus cercanías, lo que exigía que tuvieran que atravesar todos los sistemas estelares que las separaban de su destino.

La hipernet cambió todo esto al permitir que las naves partieran desde una puerta de la red y viajaran directas hacia cualquier otra. Así, la presencia humana de muchos de los sistemas estelares más frecuentados se fue reduciendo paulatinamente, cuando el tráfico interestelar empezó a saltárselos.

Sin embargo, aquellos antiguos sistemas de salto servirían para que su flota regresara a casa a través de los sucesivos sistemas estelares, y la hipernet se había convertido en una amenaza para la supervivencia de la humanidad. Además, el Intrépido transportaba una llave hipernética sándica que podría proporcionar a la Alianza una ventaja decisiva, si conseguían trasladarla hasta el espacio de la Alianza. Por el contrario, si Geary no lograba llevar a su flota a casa, la llave se perdería junto con los buques de guerra y la tripulación y no conseguiría avisar del peligro que suponía la hipernet. El coste del fracaso le parecía más elevado cada vez que consideraba esa posibilidad.

—Avíseme si se produce algún cambio —le pidió a Desjani.

—Sí, señor. —La imagen de Desjani desapareció, pero no antes de que su expresión y su tono revelaran que la situación estaba detenida cuando era preciso ponerse en marcha.

Geary permaneció sentado, y el visualizador estelar enfocado en Dilawa volvió a aparecer ante él, suspendido sobre la mesa. No obstante, por mucho que lo mirara, el dispositivo se negaba a comportarse como una bola de cristal que pudiera resolverle todas las dudas que lo atormentaban.

La primera de ellas era determinar adónde ir después de salir de Dilawa.

Tienes que decidirte, pensó. Había tenido que tomar muchas decisiones durante la larga retirada de la flota a través del espacio enemigo, así que no debería costarle tanto aclararse. No quedaban muchos saltos para llegar a un sistema estelar fronterizo de los Mundos Sándicos desde el que saltar de regreso al espacio de la Alianza. No tenía por qué surgir ningún contratiempo ahora que les quedaba tan poco para ponerse a salvo. Sin embargo, cada vez que se enfrentaba a aquella decisión le parecía más difícil. Continuó dubitativo, pues todas las opciones posibles le recordaban lo que salió mal en Lakota y las bajas sufridas en Cavalos. Ahora, además, la caída de la Merlón se unía a la maraña de dudas que lo atormentaba.

Pensó en hablar con Victoria Rione, copresidenta de la República Callas y miembro del Senado de la Alianza, para pedirle su opinión. Pero Rione había decidido no dar más consejos de este tipo durante un tiempo, bajo el pretexto de que muchas veces no había sabido determinar qué era lo que más le convenía a la flota. Si había alguna otra razón, Geary no estaba seguro de cuál podría ser. Aunque durante un tiempo mantuvieron un idilio, limitado a una atracción carnal inconstante, Rione siempre le ocultó muchas cosas, hasta que un día decidieron romper su relación.

En cualquier caso, apenas la había visto en los dos últimos días.

—Necesito dedicarme al máximo a los informantes que tengo en esta flota —le dijo Rione—. Tenemos que averiguar qué oficiales de la Alianza se oponen a que usted capitaneé la flota hasta el punto de introducir gusanos infecciosos en los sistemas operativos de los buques. —Geary no podía cuestionar sus prioridades; aquellos gusanos habían estado a punto de destruir varias naves de la flota.

Podía hablar con otras personas. Oficiales inteligentes, sensatos y dignos de confianza, como el capitán Duellos, de la Osada; el capitán Tulev, de la Leviatán; y la capitana Crésida, de la Furiosa.

Aun así, Geary permaneció sentado en soledad, con la mirada perdida en el visualizador estelar, poco dispuesto a solicitar consejo pese a que sabía que prolongar aquella situación podría acarrear consecuencias trágicas.

Sonó la alerta de su escotilla; anunciaba que la capitana Desjani solicitaba permiso para entrar. Geary accedió, preguntándose cuál sería el motivo de su visita. Dado que corrían algunos rumores que lo relacionaban con ella, la capitana apenas iba a verlo a su camarote.

Pero lo cierto es que sí mantenían una relación, si bien ninguno de los dos hablaba de aquellos sentimientos que no habían buscado y por los que no se dejaban llevar. Y no lo harían mientras él fuera el comandante de la flota y ella formara parte de la cadena de mando.

—¿Ocurre algo? —preguntó Geary.

Desjani señaló con la cabeza el visualizador estelar.

—Quería hablar con usted en privado acerca de sus próximos planes operacionales, señor.

Geary debería haberle agradecido el interés, pues sabía que Desjani se manejaba muy bien en las situaciones tácticas; sin embargo, se

trataba de tomar una decisión operacional. O eso creía Geary, que se preguntaba por qué no le apetecía escuchar lo que la capitana había venido a decirle. Por otro lado, ¿cómo podía ordenarle que se marchara? Admitir que tenía dudas solo le serviría para darle un motivo más a Desjani para discutir aquel asunto.

—De acuerdo.

Desjani entró, con aire ausente, y se detuvo ante el visualizador estelar sin mirar a Geary a la cara.

—Antes parecía estar un tanto distraído, señor.

—No he dormido bien. —Desjani lo miró con gesto interrogativo y Geary se encogió de hombros—. Tuve una pesadilla en la que reviví la destrucción de mi antigua nave, cuando desperté. Todo aquello.

—Vaya. —Desjani volvió a desviar la mirada hacia el visualizador estelar—. Su aparición nos alegró tanto que no pensamos en lo conmocionado que podría estar. Siempre he creído que deberíamos haber actuado de otra manera cuando le dijimos el tiempo que había transcurrido y la suerte que corrió su tripulación. Debí de parecerle muy insensible.

—No creo que haya una forma más aconsejable que otra para informar de algo así. Y no, no me pareció insensible. Era evidente que usted sabía que debían decírmelo y nadie más estaba dispuesto a hacerlo.

—Sobre todo el almirante Bloch —admitió Desjani—. Siempre me he preguntado cuál fue la primera impresión que le causé.

Geary torció el gesto, esforzándose por recordar.

—No podía pensar con claridad. Estaba muy confundido. Recuerdo que me pregunté cómo era posible que usted hubiera acumulado tantos galones de combate. Y la Cruz de la Flota. ¿Qué hizo para conseguirla?

Desjani suspiró.

—En Fingal. Era una simple teniente de la antigua Broquel. Combatimos hasta que la nave quedó inservible y los síndicos nos abordaron.

—¿Y qué hizo?

—Ayudé a repeler el ataque. —Levantó la vista y miró en otra dirección.

—Si le concedieron la Cruz de la Flota, seguro que no fue solo por «ayudar a repeler el ataque» —comentó Geary.

—Cumplí con mi deber. —Desjani permaneció un momento en silencio.

Geary respetó el derecho de Desjani de contar la historia donde y cuando ella lo deseara. Tal vez las acciones que le valieron la condecoración le habían dejado algún tipo de trauma. La miró, sorprendido por la pericia con la que la capitana se desviaba del tema.

—¿Ha venido hasta aquí solo para hablarme de esto?

—No, no solo para esto. —Desjani respiró hondo—. Soy consciente de que no acostumbra a hablar sobre sus planes con antelación —prosiguió la capitana con un tono mucho más formal.

—En ocasiones sí lo hago —apuntó Geary.

Desjani aguardó, pero al ver que el capitán no decía nada más y no pretendía compartir su estrategia con ella, frunció levemente el ceño. Aun así, su voz no reveló ninguna emoción.

—He estado revisando toda la información de la que disponemos sobre los sistemas estelares síndicos a los que podemos llegar desde Dilawa. Entiendo que su intención es dirigirse al sistema estelar Heradao, pero no le ha comunicado a nadie su decisión pese a que es imperativo que la flota abandone este sistema estelar.

Geary tuvo la impresión de que aquello era lo más parecido a una reprimenda que había escuchado de boca de Desjani. Arrugó un poco la frente.

—Aún no he decidido cuál será nuestro destino. —Bien, ya lo había dicho.

Desjani esperó de nuevo a que le diera más detalles y, después, le habló con firmeza.

—Para viajar a los sistemas estelares accesibles desde aquí tendríamos que retroceder hasta Cavalos, lo que supondría alejarnos todavía más de casa, Topira, lo que nos conduciría de nuevo al espacio síndico, Jundeen, que está aislado y no nos ofrece ningún destino al que se pueda saltar, excepto este mismo, y Kalixa, donde hay una puerta hipernética síndica. Heradao es el único destino razonable, dado el peligro que entraña la puerta hipernética de Kalixa y el hecho de que ir a Cavalos, Topira o Jundeen no nos supondría ventaja alguna.

—Estoy al tanto de la situación de todos los sistemas estelares a los que podemos llegar desde aquí —replicó Geary—. ¿Algo más?

Desjani lo miró fijamente, como si ignorase la orden implícita de marcharse que el capitán acababa de darle.

—Algunos de los informes síndicos que conseguimos en Sancere indican que hay prisioneros de guerra de la Alianza en un campo de trabajo de Heradao.

—También me consta.

—Capitán Geary —dijo Desjani en voz baja—, soy oficial de la flota y oficial al mando de su buque insignia. Es mi deber comunicarle mis opiniones y ofrecerle mi consejo siempre que lo considere necesario.

Geary asintió.

—No lo discuto. Ya me ha dado su opinión. Gracias. Existen otros muchos factores que debo considerar.

—¿Como cuáles?

Geary la miró, sorprendido por la brusquedad de la pregunta.

—Aún... no he terminado de reflexionar sobre ellos.

—Quizá yo pueda ayudarlo.

Geary se empeñaba en oponerse, aunque no sabía muy bien por qué.

—Se lo agradezco, pero todavía no estoy listo para debatir sobre las distintas opciones. Cada uno de los sistemas estelares a los que podemos llegar desde aquí tiene sus ventajas y sus desventajas.

—Capitán Geary, evitar tomar una decisión no es propio de usted.

Geary frunció el ceño un poco más.

—No estoy evitando tomar una decisión, y esta conversación no nos ayudará a resolver los problemas. ¿Algo más? —repitió.

—¿Y los prisioneros de guerra de la Alianza retenidos en Heradao? —preguntó Desjani con un tono más cortante.

—Para empezar —contestó Geary, cada vez más irritado—, no sabemos si todavía siguen en Heradao. Todos los informes síndicos que conseguimos son antiguos. Es posible que trasladaran el campo de prisioneros hace tiempo. Además, los síndicos saben que la presencia de los prisioneros de guerra de la Alianza en el sistema aumentará las posibilidades de que esta flota acuda a rescatarlos, con lo cual es muy probable que pretendan tendernos una trampa en Heradao.

Desjani guardó silencio, esforzándose por controlar la respiración, y después dijo:

—¿Cómo podrían saber los síndicos que estamos al tanto de que había un campo de prisioneros de guerra en Heradao? Ignoran qué informes síndicos nos llevamos.

La pregunta tenía sentido, pero por alguna razón enfadó aún más a Geary.

—Sabe muy bien que estoy dispuesto a asumir riesgos que sean razonables para rescatar a los prisioneros de guerra de la Alianza.

—Sí, señor.

A pesar de la afirmación de la capitana, Geary ya había aprendido que un simple «sí, señor» de Desjani significaba que no estaba conforme, que había algo que no le parecía bien.

—Dudo que las ventajas de viajar a Heradao pesen más que los riesgos —añadió Geary, cuya irritación incrementaba la firmeza de sus palabras.

—Señor, con el debido respeto, debo señalar que correremos riesgos allí a donde vayamos, y que cuanto más tiempo permanezcamos aquí, mayor será el peligro.

Geary percibió el tono de la capitana y apretó la mandíbula.

—Y yo debo recordarle, con el debido respeto, que soy yo, y no usted, el responsable de la supervivencia de esta flota.

—Procuraré tenerlo en cuenta, señor —dijo Desjani con sequedad.

Geary la miró con desaprobación.

—¿Sabe? Con su actitud y sus comentarios no me pone las cosas muy fáciles.

La capitana se giró levemente para mirarlo y le devolvió el gesto de reproche.

—No quisiera importunarlo, pero en estos momentos la cuestión de lo fáciles que sean las cosas para usted es la última de la lista de prioridades. Esto es así para el oficial al mando de una nave y, aún más, para el comandante de la flota. Insisto en que mi deber es aconsejar en la medida en que me sea posible al comandante de esta flota; por tanto, eso es lo que haré, aunque el comandante decida ignorar mis recomendaciones.

—Muy bien. —Geary hizo un gesto brusco con la mano ante el visualizador estelar—. ¿Qué me aconseja?

—Ya se lo he dicho: viajar a Heradao.

—Y yo ya le he dicho que ya he contemplado esa opción.

Desjani esperó a que el capitán continuase y, después, sacudió la cabeza.

—Tiene miedo. He observado que, desde lo de Lakota y Cavalos, su temor es cada vez mayor.

Geary miró fijamente a Desjani, atónito por oír aquellas palabras.

—¿Y se supone que eso es un consejo para ayudarme? ¿Por qué habla como Numos o Faresa?

Desjani se sonrojó.

—¡No se atreva a compararme con esos individuos, señor!

Geary se obligó a calmarse y se abstuvo de contestarle con mordacidad. Desjani tenía derecho a indignarse. No debía haber insinuado que la capitana era como aquellos dos oficiales. Ella no ocupaba un cargo político; nunca cuestionó su nombramiento como comandante de la flota y, además, era una oficial al mando muy capaz. Todo ello la situaba en un nivel muy distinto al del capitán Numos, quien se hallaba bajo arresto, y al de la fallecida capitana Faresa.

—Disculpe —dijo Geary con frialdad—. ¿Por qué me acusa de tener miedo?

—No lo he acusado. —Desjani hizo un esfuerzo evidente por controlar su rabia—. No pretendo demostrar cuál de nosotros nació con las gónadas más voluminosas, pero después de hablar con usted y de observarlo, he percibido algunos cambios sutiles, sobre todo a partir de lo de Cavalos. —Hizo un gesto brusco con la cabeza para señalar el visualizador estelar—. Desde que asumió el mando de esta flota, ha venido empleando una serie de tácticas prudentes y arriesgadas con las que desestabilizar al enemigo y ganar combates. Creo que confía en su instinto para decidir cuándo actuar con arrojo y cuándo con cautela, porque nadie ha conseguido establecer patrón alguno. Pero ahora yo sí sé qué patrón lo mueve, y puedo deducir que tiene miedo.

Si no fuese Desjani quien le estaba diciendo aquello... Si se tratara de Rione o de cualquiera de los oponentes que tenía dentro de la flota... Pero se trataba de Desjani. No había tenido ningún aliado más firme, más digno de confianza y más competente desde que asumió el mando de la flota. Desjani creía en él, al principio porque era de los que pensaban que fueron las mismísimas estrellas del firmamento las que lo habían enviado de regreso para salvar la flota y a la Alianza; pero ahora, además, por lo que decía que veía en él. Si se negaba a escucharla sería un necio. Así pues, Geary respiró hondo un par de veces antes de hablar.

—¿Y qué patrón es ese? —preguntó.

Desjani también se calmó y empezó a hablar con determinación pero sin llegar a acalorarse.

—He intentado considerar las circunstancias desde su posición de comandante de la flota. En el sistema estelar nativo de los sîndicos, y también después, esta flota apenas tenía posibilidades de regresar a casa. Era más fácil asumir riesgos porque todas las alternativas posibles entrañaban un grave peligro. A menudo no tenía sentido actuar con precaución, puesto que era preciso tomar decisiones valientes y el resultado lógico de un exceso de cautela habría sido la aniquilación de la flota. Pero ahora nos encontramos cerca de casa. —Señaló la imagen de Dilawa e hizo un gesto con la mano para indicar el espacio de la Alianza—. Muy cerca. Y el peligro parece mayor que nunca porque hemos llegado hasta aquí contra todo pronóstico. Así que, cuando mira ahí y comprueba lo poco que nos separa del espacio de la Alianza, piensa lo terrible que sería haber traído la flota hasta aquí y, justo ahora, cometer un error grave que pueda provocar su destrucción.

—He cometido errores graves —reconoció Geary con voz monótona—. Como llevar esta flota al sistema estelar Lakota.

—Aquella fue una maniobra meditada, ¡y al final salió bien! Y viajar a Cavalos era una decisión arriesgada porque podíamos encontrarnos con los sîndicos, como terminó sucediendo, aunque logramos derrotarlos. —Desjani apretó un puño y miró fijamente a los ojos del capitán—. Las bajas que sufrimos en Lakota y Cavalos han sido las más numerosas desde que asumió el mando. Sin embargo, no fue culpa suya. Cualquiera de los comandantes que conozco habría perdido muchas más naves en aquellos enfrentamientos; de hecho, habrían perdido la batalla. Pero las bajas no fueron en vano, causamos un gran daño a los sîndicos y conseguimos acercarnos a casa.

A Geary le costó expresar su opinión al respecto.

—Las naves que perdimos en Lakota y Cavalos no volverán a casa, ni la mayoría de sus tripulantes.

—¡Murieron para que sus camaradas vivieran! ¡No deshonre su sacrificio teniendo ahora tanto miedo de sufrir más bajas que, al final, acabe perdiéndolo todo! El tiempo de asumir riesgos no ha terminado. Comprendo que ahora tema echarlo todo a perder, después de haber conducido la flota hasta aquí, pero todavía nos encontramos en territorio enemigo y un exceso de precaución también entraña un grave peligro. No ganará a menos que intente ganar, pero tal vez pierda si lo que intenta es no perder.

Desjani tenía razón. Quizá el miedo a fracasar, después de haber llegado tan lejos, le hacía evitar los riesgos que sabía que debía correr para vencer, para sobrevivir. Miró el visualizador estelar e intentó ordenar sus sentimientos e ideas.

—Entonces, ¿debo guiarme por mi instinto o no? —dijo por fin, haciéndose la pregunta tanto a sí mismo como a Desjani.

—¿Qué le dice su instinto en este momento? —le preguntó la capitana.

—Las consecuencias de que vuelvan a sorprendernos en una posición desfavorable...

—Ese es su miedo. ¿Qué le aconseja su instinto?

Geary la miró de nuevo a los ojos y se dio cuenta de que Desjani tenía razón.

—Heradao.

—Entonces, hágale caso —lo apremió Desjani.

Geary exhaló con pesadez y señaló el punto donde aparecía el estado de la flota.

—Maldita sea, Tanya, conoce el estado de la flota tan bien como yo. Solo contamos con veinte acorazados, y eso incluyendo la Orión, cuyos daños de combate parecen requerir unas reparaciones interminables. Únicamente nos quedan dieciséis cruceros de batalla, y de ellos, la Osa-da, la Increíble, la Ilustre y la Radiante apenas sirven para combatir a causa de los daños que sufrieron en Cavalos. De la división de naves de reconocimiento solo queda una unidad. Exactamente, hay cuarenta y un misiles espectro y quince minas en toda la flota; además, todos los cruceros y destructores tienen, por lo menos, un sistema de armas modificado para seguir funcionando a pesar de los daños de combate. Por no hablar de las reservas de células de combustible de los buques de guerra, que, de media, se encuentran a tan solo un cincuenta y dos por ciento. Como comprenderá, no estamos en condiciones de entrar en combate.

En lugar de responder de inmediato, Desjani extendió el brazo y señaló el estado de las cuatro naves auxiliares.

—Imagino que ya habrá comprobado esto. La Trasgo, la Genio, la Hechicera y la Titánica están trabajando a pleno rendimiento con el fin de producir todo lo que esta flota necesita para seguir avanzando. Aun así, sus esfuerzos no han bastado para aliviar nuestros problemas de logística, debido a las constantes amenazas a las que venimos enfren-

tándonos desde que nos hallamos en territorio síndico. A pesar de los riesgos que hemos corrido para suministrar a las naves auxiliares las materias primas que requerían, carecen de la capacidad de producción necesaria para abastecer a la flota de todas las células de combustible y las armas que precisa para combatir. No teniendo en cuenta todas las maniobras que sus tácticas exigen.

Geary no podía negarlo.

—Tiene razón. Lo he comprobado.

—Entonces es consciente de que, hasta que regresemos al espacio de la Alianza, la situación no va a mejorar. —Desjani puso el dedo con fuerza sobre esa zona—. Debido al estado de las células de combustible, las naves auxiliares tienen que emplear todos sus recursos para fabricar células nuevas, por lo que no pueden manufacturar más misiles. Nos pueden proporcionar más metralla; de hecho, en estos momentos las reservas de este recurso están alcanzando unos niveles aceptables. Sin embargo, no ocurre lo mismo con las reservas de misiles y de minas, de manera que, hasta que lleguemos a casa, tendremos que seguir consumiendo células de combustible a un ritmo superior al que las fabricamos. Así pues, en Heradao tendremos nuestra mejor oportunidad para luchar contra los síndicos. En este momento todos los recursos son muy limitados y hemos acumulado muchos daños de combate, pero ellos han sufrido numerosas bajas. Con el tiempo, el enemigo empezá a recuperarse más rápido que nosotros; están en su territorio.

Geary miró de nuevo el visualizador estelar y recorrió con los ojos los años luz que separaban Heradao del espacio de la Alianza.

Desjani lo observó durante unos instantes y, acto seguido, continuó hablando en un tono más bajo.

—También le preocupa lo que pueda ocurrir cuando la flota llegue a casa, *¿no es así?*

Geary apartó la vista del visualizador y volvió a mirar a la capitana mientras esta seguía hablando.

—Le inquieta regresar allí donde hace un siglo tenía su hogar y enfrentarse a todos los cambios que se habrán producido desde entonces. —Desjani señaló con la cabeza la región del espacio de la Alianza—. Y, sobre todo, le preocupa lo que la mayor parte de esta flota espera que haga cuando lleguemos a casa.

¿Es que a aquella mujer no se le podía ocultar nada? ¿Alguna vez había hablado con ella acerca de aquellas cosas y en aquellos términos? Geary negó con la cabeza, pero no para rechazar los comentarios de Desjani.

—No lo haré, Tanya. No me importa si la flota entera y todos los ciudadanos de la Alianza quieren ver al gran y legendario Black Jack Geary a lomos de un caballo blanco quitando de en medio a los líderes electos de la Alianza. No estropearé aquello que hace que merezca la pena luchar por la Alianza con el pretexto de acudir en su defensa. Es lo que muchos esperan de mí, y, tal vez, algunos de ellos intenten apretarme las tuercas, pero no tengo ni idea de lo que haría si se diera el caso.

—Sí, sí que lo sabe. —Desjani le sostuvo la mirada—. Tiene muy claro lo que no hará. Se ha fijado un objetivo estratégico: defender lo que hace que merezca la pena luchar por la Alianza y ponerle fin a esta guerra. Piense en las distintas maneras que tiene de poner su estrategia en práctica y, entonces, sabrá qué tácticas emplear.

—No es tan sencillo.

—¡No, si intenta hacerlo solo! ¡Busque consejo! ¿Acaso el único miembro de esta flota en el que confía es en La Política?

Al oír la pregunta de la capitana, Geary apartó la vista momentáneamente. Del mismo modo que hacía tiempo que Rione había dejado de utilizar el nombre de Desjani, esta ya solo se refería a la copresidenta por el apelativo de «La Política». No se podía discutir que el título era apropiado, aunque los políticos no gozasen de excesiva popularidad en aquella flota que, después de llevar un siglo combatiendo, los culpaba por no haber conseguido aún la victoria.

—¿Quiere saber por qué no le he pedido consejo al respecto? —dijo Geary.

—Sería muy amable por su parte si me lo dijera.

Maldita sea. ¿Qué le pasaba a Desjani? Geary volvió a mirarla a los ojos.

—Porque temo que esté de acuerdo en todo lo que yo pueda decir, que rompa su juramento y me siga haga lo que haga, porque cree que las mismísimas estrellas me enviaron con su flota y me orientan con su luz.

Desjani movió la cabeza, con gesto firme, en señal de asentimiento.

—Sí, lo seguiría. —Al ver la expresión retorcida de Geary, la capitana extendió un brazo para que la dejara explicarse—. Porque sé que fue enviado con esta flota para cumplir una misión divina y que actúa guiado por una luz especial. Por ello, también estoy segura de que no hará algo que juró que no haría. Sé que no destruirá la Alianza y, por tanto, no me cabe la menor duda de que puedo seguirlo y ayudarlo, si me lo permite. Hay quienes lo ayudarían a encontrar la manera de proceder si confía en nosotros, y estoy segura de que sabe quiénes son. Confíe en nosotros, creemos en la Alianza tanto como usted. Admito que, en su día, podría haber llegado a aceptar un golpe militar, pero no ahora, no después de todo lo que usted nos ha recordado. Nuestros intentos por recrear la brutalidad del enemigo solo han servido para convencer al pueblo síndico de la necesidad de seguir combatiendo contra nosotros hasta el final, y no tendría mucho sentido vencerlos si la victoria significase convertirnos en el reflejo exacto de nuestro enemigo. No obstante, al igual que los problemas con los síndicos, los conflictos políticos que agitan tanto esta flota como nuestro hogar no se solucionarán si siempre los deja para otro momento.

Por un instante, Geary quiso replicar y refutar todo lo que Desjani acababa de espetarle, pero intuía que, dijera lo que dijese, no conseguiría sino negar lo que sabía que era verdad y evitar afrontar lo importante. Volvió a perder la vista entre las estrellas mientras intentaba encajar lo que él sabía con lo que Desjani le había dicho, hasta que se formó una idea que le pareció válida y asintió con la cabeza.

—Gracias. Tiene razón. En todo. He estado evitando tomar una decisión. Veía las cosas, pero no conseguía comprenderlas porque me aterraba la idea de perder esta flota ahora que nos queda tan poco para ponernos a salvo, y porque estaba dejando que me paralizase la preocupación por lo que ocurriría cuando regresásemos a casa.

Desjani sonrió; en su rostro ya no se apreciaba ninguna señal de tensión.

—¿Iremos a Heradao?

—Sí, Tanya, partimos hacia Heradao. Rescataremos a los prisioneros de guerra de la Alianza, si es que siguen allí, y derrotaremos a las tropas síndicas que puedan estar concentradas en esa región. También iré pensando en alguna estrategia para cuando lleguemos al espacio de la Alianza.

—Puede pedirle consejo al capitán Duellos, al capitán Tulev...

—Y a usted —la interrumpió Geary—. Parece que usted es una parte muy importante de mi «luz especial». —Desjani se ruborizó al oír el halago—. No habría llegado a tomar esta decisión yo solo; he estado evitando a todos los que podrían haberme hecho enfrentarme a ella. Necesitaba que usted me diera un empujón, puesto que me conoce mucho mejor de lo que pensaba y porque es lo bastante lianta para obligarme a darme cuenta de lo que estaba haciendo.

Desjani amplió su sonrisa.

—Esta lianta ha tenido que lidiar con muchos cabrones retorcidos. Usted es de los más razonables, señor.

—Gracias. —Geary vaciló—. Tanya, ningún otro oficial de alto rango de la flota parece haberse dado cuenta de lo que me preocupa.

—Nunca ha hablado abiertamente de sus temores. Después de todas las conversaciones que hemos mantenido y con todas las experiencias que nos hemos contado el uno al otro, yo jugaba con ventaja. Además, después de observarlo durante un tiempo, sabía que era lo bastante inteligente para apreciar la importancia de dejarse aconsejar por otros. El hecho de que últimamente se estuviera esforzando por evitar ese tipo de ayuda también me evidenció algo.

—Supongo que debo darles las gracias a mis ancestros por que usted fuera la capitana de mi buque insignia. Darles las gracias de nuevo, quiero decir.

Desjani esbozó media sonrisa.

—Lo tomaré como un cumplido profesional. Ahora, con su permiso, señor, tengo otros asuntos de los que encargarme, y usted ha de dar la orden de que la flota ponga rumbo a Heradao.

—Así es, capitana Desjani. —Geary apartó los ojos de la sonrisa de la oficial y se obligó a dejar de pensar en el sabor de sus labios. Nunca disfrutaría de ellos, no mientras estuviera al mando de la flota ni mientras durase aquella guerra. Desjani se había ganado su respeto en infinidad de ocasiones y, aunque sentía algo por la capitana que trascendía su relación profesional, nunca dejaría de mostrarse deferente con ella, tanto en público como en privado. Así pues, Geary se puso de pie y le devolvió el saludo.

Sin embargo, Desjani se detuvo justo antes de salir y lo miró.

—Espero que no se sienta incómodo por lo que le he dicho, señor. Me sentía en la obligación de hablarle con franqueza.

—Gracias, capitana Desjani. Espero que siga expresándose con la misma franqueza y contundencia siempre que lo estime necesario; le prometo que la escucharé cuando lo haga. Después de todo, soy uno de los cabrones retorcidos más razonables de la flota.

—Tal vez sea así, señor, pero no deje que se le suba a la cabeza.

Geary contuvo una carcajada hasta que la escotilla se cerró una vez que la capitana hubo salido.